

# Mundo del fin del mundo

El camino era áspero, pero ninguno se detenía, ninguno dudaba. Escalaban con ánimo los pequeños montes de nieve, los bloques vomitados por las grandes masas de hielo que flanqueaban los profundos fiordos; se sepultaban en los abismos abiertos entre montaña y montaña; subían cuestas resbaladizas y difíciles y, cuando encontraban una superficie lisa, respiraban un poco.

*Los cazadores de focas*

EMILIO SALGARI

“Llamadme Ismael..., llamadme Ismael...”, repetí varias veces mientras esperaba en el aeropuerto de Hamburgo y sentía que una fuerza extraña otorgaba cada vez mayor peso al delgado cuadernillo del pasaje, peso que aumentaba conforme se acercaba la hora de salida.

Había atravesado el primer control y me paseaba por la sala de embarque aferrado al bolso de mano. No llevaba demasiadas cosas en él: una cámara fotográfica, una libreta de apuntes y un libro de Bruce Chatwin, *En La Patagonia*. Siempre he aborrecido a los que hacen rayas o anotaciones en los libros, pero aquél estaba lleno de subrayados y signos de exclamaciones que fueron en aumento luego de tres lecturas (Sepúlveda, p. 13).

Con esta descripción comienza *Mundo del fin del mundo* (1989), libro de fácil lectura, ameno, seductor y, quizás, una de las novelas más interesantes de Luis Sepúlveda, que pese a las reticencias del protagonista, ahora rellenaré con anotaciones, subrayados y uno que otro signo de exclamación, a sabiendas de que el texto habla por sí mismo a través de un poderoso lenguaje que no deja mucho espacio a la especulación. Su mensaje es claro y conciso: una disertación profunda, analítica y crítica sobre el deterioro medioambiental en los mares del sur.



Luis Sepúlveda (2009), *Mundo del fin del mundo*, México, Tusquets, 145 pp.

Y como *Moby Dick*, de Herman Melville, o *Arthur Gordon Pym*, de Edgar Allan Poe, la novela de Sepúlveda inicia con un adolescente inmerso en el fascinante mundo de la navegación y la literatura de viajes. Ante nuestros ojos se mueven a velocidades vertiginosas antiguos recuerdos de lecturas de juventud: Jack London, Julio Verne, Emilio Salgari, R. L. Stevenson y, por supuesto, Joseph Conrad, que acuden a nuestra memoria con evocaciones que estimulan un universo imaginario muchas veces olvidado por nuestra modernidad.

Y como Arthur Gordon Pym o Ismael, el protagonista, con apenas 16 años de edad, se embarcará en un fabuloso viaje a los confines más desolados de la tierra. La novela mezclará poco a poco la leyenda, la historia, el exilio político y hasta una excelente crónica policíaca en el mundo a la vez heterogéneo y globalizado de la era postindustrial, que poco a poco ha hecho pedazos la ilusión del espíritu aventurero que anhelaba adentrarse a los profundos océanos para “ver un poco de mundo” (Sepúlveda, p. 89).

A bordo del Estrella del Sur, el protagonista

irá penetrando en lo más recóndito de La Patagonia chilena, donde el “país se divide en miles de islas, islotes, canales, pasos de mar, hasta las cercanías del Polo Sur y, en la parte continental, las cordilleras, los ventisqueros, los bosques impenetrables, los hielos eternos, las lagunas, los fiordos y los ríos caprichosos” (16), que imposibilitan el desarrollo de las grandes vías de comunicación, pero no así el cataclismo de los recursos naturales ocasionado por el hombre.

El deseo de convertirse en un gran navegante, primero en el Estrella del Sur y más tarde en el Evangelista, se transfigurará en una visión terrorífica de la caza de los grandes cetáceos, lo que desilusionará al joven viajero que años más tarde aparecerá en un lejano puerto europeo, convertido en un hombre maduro que ha sido obligado a abandonar su país a causa de la represión militar. La novela se sitúa en los ochenta, durante la dictadura militar de Augusto Pinochet, pero sus primeras acciones transcurren en Hamburgo. Hombre desencantado de la prensa “‘seria’, interesada en los temas que afectan el medio ambiente solamente cuando éstos adquieren visos de escándalo” (Sepúlveda, p. 48), formará con algunos compañeros de profesión una agencia de noticias alternativa, dedicada a los problemas que afectan el entorno ecológico, justificado durante décadas e incluso auspiciado por las potencias occidentales.

Con un estilo policíaco, Luis Sepúlveda transporta al lector a aquellas regiones que durante años fueron la pesadilla de los conquistadores, el refugio y la ruta de piratas legendarios y la mina de oro de balleneros, taladores y cazadores.

Con la noticia de un inesperado accidente del barco factoría japonés Nishin Maru, gobernado por el capitán Toshiro Tanifuji, que ocasiona la muerte de 18 tripulantes y un número indeterminado de heridos en aguas magallánicas, da comienzo esta extraordinaria

aventura que obliga al protagonista a regresar a su patria, luego de dos décadas de exilio, para indagar los sospechosos orígenes del incidente y la no menos sospechosa existencia de este “buque fantasma”, que navega oficialmente en los mares aledaños a las Islas Mauricio, pero que al mismo tiempo parece surcar en silencio aguas territoriales chilenas, dedicado a la caza ilegal de ballenas piloto o calderón.

Luis Sepúlveda introduce de lleno al lector en una problemática ambiental que ha llamado la atención en los últimos años. Sin embargo, el autor no se queda en la mera descripción del fenómeno (tala de bosques, extinción de especies, contaminación del ambiente, explotación de los recursos naturales, etc.), sino que desdobra sus reflexiones a distintos ámbitos de la crítica y el conocimiento. Pensar lo político, lo ambiental y lo literario bajo estrictas preocupaciones éticas establece una excitante relación con la historia de América Latina desde la Conquista.

Y no es de extrañar que la valoración de Sepúlveda sobre la situación de la América actual comience con este llamado a la preservación del ambiente, pues el conflicto con respecto a la destrucción de ecosistemas, columnas vertebrales de la cultura y puntal del futuro, tiene un largo camino recorrido. Si bien la caza de ballenas (y la degradación de los recursos naturales en general) se practica desde hace muchos años, no fue sino hasta la década de los veinte del siglo XX, con la llegada de nuevas tecnologías y de los barcos factoría, que la matanza de cetáceos alcanzó niveles colosales y casi llevó a la extinción de todas las especies del más grande de los mamíferos marinos.

Con la intención de establecer áreas protegidas para las ballenas en el Océano Antártico, en 1946 se fundó la Comisión Ballenera Internacional (CBI), aunque no fue sino hasta 1986 cuando la CBI prohibió en definitiva la caza de estos animales para

finés comerciales. Aunque la realidad es que la comisión nunca ha podido con los grandes intereses económicos que están detrás de esta práctica, continuada mediante maniobras abiertamente fraudulentas por Japón, Noruega y la desaparecida Unión Soviética, entre otros países industrializados. Y aunque la CBI ha seguido trabajando en la protección de los denominados santuarios balleneros del Océano Antártico, la caza fraudulenta y la caza denominada “científica” (que es en realidad el pretexto con que han continuado operando los balleneros en nombre de la ciencia) siguen acercando a esas especies a la extinción.

Este aturdimiento burocrático que intenta asignar normas y directrices a los países que inventaron no sólo las reglas sino también el “juego”, ha trasladado los debates de las comisiones internacionales a las ONG y los grupos civiles pacifistas. Durante los años sesenta, bajo la influencia de autores como Paul Ehrlich o Barry Commoner, quienes plantearon por primera vez la creación de organismos internacionales que regularan el crecimiento demográfico y administraran los recursos ambientales de manera sustentable (Herman, 1997), esas organizaciones iniciaron querrelas contra las voraces actividades de los grandes intereses capitalistas. Las demandas presentadas dieron vida más tarde a movimientos como el Club de Roma o Greenpeace, pero también inspiraron ideas más radicales, que en nombre de la preservación de los recursos naturales llegaron a límites nunca antes considerados en la defensa del ambiente. El profesor norteamericano Theodore Kaczynski, conocido como el *Unabomber*,<sup>1</sup> fue uno de quienes definió un perfil adverso extremo en relación con la problemática. Y la cruzada ambientalista tomó en ocasiones giros inesperados con los ecosabotajes como reclamo violento a los atentados contra

1 Quién llevó a cabo una campaña terrorista para denunciar los abusos de la sociedad tecnológica, acabando con la vida de tres personas e hiriendo a 23 más.

la naturaleza, al estilo de los “guerrilleros del Vietcong” (Herman, 1997: 428).

Con la aparición de un enigmático personaje, el marino chileno Jorge Nilssen, hijo de un migrante noruego y una indígena ona, el protagonista de la novela de Sepúlveda sospecha el nacimiento de un peligroso vengador ecológico que pondrá en riesgo la ofensiva pacifista del movimiento verde y sembrará fuertes dudas sobre sus prácticas de protección ambiental.

Nada más lejano de la verdad, pues la novela tiene un final inesperado y pacífico, aunque con la sospecha esbozada Sepúlveda traza un análisis minucioso de la memoria colectiva del continente, lo que lleva al lector a cuestionar la conveniencia del exhorto prácticamente gratuito contenido en la violencia expuesta en esa parte de la novela. Las respuestas pueden ser muchas, pero hay una que destaca y que tiene que ver con la historia del continente, cuyo resultado ha sido la formación de un carácter complejo que con frecuencia nos enfrenta a las redes de nuestra condición humana, y que puede verse también como una amorfa apología de la violencia.

Sepúlveda expone de esta forma una visión particular de la historia de la América hispánica: la Conquista, cuya larga secuela incluye a los ganaderos de Europa del norte, cuya llegada inició el exterminio de indígenas onas, yaganes, patagones y alacalufes, así como a navegantes y colonizadores, barcos fantasma, como el Cacafuego o el Caleuche, piratas como Sir Francis Drake o Williams O’Barrey, y sus interminables batallas marítimas, cazadores de ballenas y la industria maderera, que hace su espectacular aparición en el impetuoso maderamen de recuerdos que Sepúlveda arma.

A partir de ahí, el lector puede apelar a su conocimiento de los orígenes de la crueldad que ha aquejado al continente durante cinco siglos y de los acontecimientos relativos a movimientos insurgentes, guerras civiles,

dependencias económicas, golpes y asonadas militares, represión, narcotráfico y crimen organizado, corrupción, grupos paramilitares, azarosas protestas sociales, crecimiento descontrolado de la industria y un prolongado etcétera que incluye la violencia callejera, social, intrafamiliar, ambiental y política.

Con la exposición de esta lúgubre telaraña social, Sepúlveda invita a explorar el presente, no sin antes haber sumergido al lector en el pasado. La novela se propone así como un extenso recorrido sobre la condición humana de los latinoamericanos, cuyo pasado ha sido, en efecto, violento, pero también extraordinario, planteamiento del cual no se debe omitir que hay una significativa saga de influencias culturales y sociales, las cuales han contribuido a la consolidación de los caracteres regionales y a dibujar los rostros que sólo pueden ser comprendidos por el devenir incesante de dualidades tan complejas como las enunciadas.

Y mientras el lector forcejea bajo el temporal, Sepúlveda lo incita a enderezar la nave y reexaminar, replantear y reinventar su derrotero, que si bien no es únicamente el del hombre americano, pues la ruta oceánica trazada por Occidente hacia el continente es ineludible, sí obliga a pensar en el ajuste de los instrumentos y las cartas de navegación para salir del laberinto de canales y pasos de mar en los que, a veces, el carácter latinoamericano zozobra ante la crueldad, y alcanzar por fin el tan anhelado mar abierto. **LC**

## BIBLIOGRAFÍA

Arthur Herman (1997), *La idea de decadencia en la historia de occidente*, Barcelona, Andrés Bello [trad. Carlos Gardini].